



Unwritten

Unwritten

Jessica Romero



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2026

Depósito legal: SE 2417-2026

ISBN: 979-13-7060-370-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Jessica Romero

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcircularojo.com

info@editorialcircularojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

A mi padre, con todo mi amor,
ojalá hubieras podido ver este libro terminado.

Y a mi familia, por estar siempre ahí.

Índice

Capítulo 1	11
Capítulo 2	23
Capítulo 3	35
Capítulo 4	45
Capítulo 5	55
Capítulo 6	69
Capítulo 7	83
Capítulo 8	95
Capítulo 9	109
Capítulo 10	129
Capítulo 11	139
Capítulo 12	149
Capítulo 13	159
Capítulo 14	165
Capítulo 15	173
Capítulo 16	179
Capítulo 17	191
Capítulo 18	201
Epílogo	215

Capítulo 1

Elena, mi madre, estaba sentada en el borde de la cama con una maleta a sus pies, lista para irse. Gérard, mi padre, permanecía parado en la puerta del cuarto, con los brazos cruzados y una expresión entre confusión y miedo.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué tienes esa maleta? —preguntó mi padre, dando un paso hacia ella.

Mi madre evitó mirarle durante unos segundos antes de hablar.

—He tomado una decisión. No puedo seguir viviendo así... Me siento atrapada y ya no sé cómo seguir adelante —dijo agarrando con fuerza el asa de la maleta.

Mi padre negó lentamente con la cabeza, intentando entender lo que estaba escuchando.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Hemos hecho algo mal? Dime qué puedo hacer para arreglarlo —preguntó desesperado.

Ella suspiró temblorosamente y, por fin, levantó la mirada hacia él.

—No es solo por ti... ni por los niños. Soy yo. Llevo demasiado tiempo sintiéndome vacía y no puedo seguir fingiendo que todo está bien.

Mi padre intentó cogerle la mano, pero ella la apartó suavemente.

—Por favor, Elena... podemos solucionarlo. Lo que sea. Pero no hagas esto —dijo con la voz rota.

Se le llenaron los ojos de lágrimas por un instante, aunque intentó mantenerse firme.

—Lo siento... de verdad.

Cogió la maleta y salió de la habitación.

Yo estaba jugando con mis hermanos en el jardín trasero cuando empezamos a escuchar los gritos que venían desde dentro de casa. No entendía nada; solo tenía cinco años.

La puerta principal se abrió de golpe y entramos corriendo, curiosos y asustados al mismo tiempo.

Entonces la vi. Mi madre estaba junto a la puerta con la maleta en la mano.

—¿Dónde vas, mamá? —pregunté confundida—. ¿Podemos ir contigo?

Ella me miró y, por un momento, pareció querer acercarse, pero no lo hizo.

—No, cariño... —susurró con lágrimas en los ojos.

—No puedes acompañarla. Se va... nos deja —dijo mi padre apoyando una mano sobre mi hombro.

Me aparté de él rápidamente y corrí hacia mi madre intentando abrazarla para que no se fuera, pero mi padre me sujetó antes de llegar.

—¡Mamá, no te vayas! —grité forcejeando entre sus brazos.

Pero ella no se detuvo. Salió de casa sin mirar atrás y se montó en el taxi que la esperaba fuera.

Conseguí soltarme de mi padre y corrí detrás del coche tan rápido como mis piernas me permitían, llorando y llamándola. Pero el taxi dobló la esquina. Siguió alejándose. Hasta desaparecer por completo.

Me desperté sobresaltada, empapada en sudor y con lágrimas cayendo por mis mejillas. Otra vez la misma pesadilla. La misma imagen borrosa de mi madre subiendo a aquel taxi y alejándose de nosotros sin mirar atrás.

Han pasado dieciocho años desde aquel día, y todavía hay noches en las que sigo sintiéndome como esa niña pequeña corriendo detrás del coche mientras gritaba para que no se fuera.

Me pasé las manos por la cara intentando calmarme y respiré hondo antes de levantarme de la cama. Fui hacia el armario, cogí la ropa del trabajo y entré al baño para darme una ducha. Necesitaba despejarme antes de empezar otro día igual que todos los demás.

Cuando salí de mi habitación y entré al salón, allí estaba él.

Mi padre.

Sentado en el sofá frente al televisor, con varias botellas vacías sobre la mesa y el mismo aspecto descuidado de siempre. Ni siquiera me miró.

Cogí el mando y apagué la televisión sin decir nada. Él soltó un gruñido molesto, pero lo ignoré y fui directa a la cocina.

Me preparé algo rápido para desayunar por el camino y, antes de salir de casa, me puse los cascos para no escuchar sus quejas de siempre.

Después de que mi madre se fuera, todo se vino abajo. Al principio mi padre intentó aparentar que estaba bien, pero no tardó en perderse a sí mismo. Iba a trabajar y, al salir, se encerraba en el bar hasta la madrugada. Cada día bebía más y hablaba menos.

Hasta que terminó perdiéndolo todo.

El trabajo.

El dinero.

Y prácticamente las ganas de vivir.

Desde entonces, las facturas de la casa recaen sobre mí. Trabajaba todo lo que podía para pagar la comida, la luz, el agua y las deudas que él mismo había ido acumulando durante años mientras se gastaba lo poco que tenía en alcohol.

También cocinaba para que, cuando se levantara al mediodía, tuviera algo caliente sobre la mesa. Porque, aunque a veces

me costara reconocerlo... seguía siendo mi padre. Pero ya estaba cansada.

Cansada de trabajar para mantener a alguien que ni siquiera intentaba ayudarse a sí mismo.

Mis hermanos consiguieron escapar de aquí hace años. Luca, mi mellizo, se alistó en el ejército en cuanto tuvo la oportunidad. Y Evan, el mayor, entró en la Academia de Policía y ahora trabaja como detective.

Más de una vez intentó convencerme para que me fuera a vivir con él. Debería haberle hecho caso. Pero me daba pena dejar solo a mi padre.

Ahora me arrepiento todos los días de haberme quedado. Porque esta casa dejó de sentirse como un hogar hace muchísimo tiempo.

Y lo único que deseaba era reunir el valor suficiente para marcharme algún día y dejar atrás este infierno de una vez por todas.

Al llegar al trabajo, fui directa a la taquilla para cambiarme rápido y no perder tiempo.

—Muy buenas. ¿Qué tal hoy? —dijo Laura entrando detrás de mí.

—De momento, normal. Aunque eso tampoco es buena señal —dije abrochándome el delantal.

—Vaya cara traes... ¿Has vuelto a dormir mal? —preguntó apoyándose en la puerta mientras me observaba.

Asentí sin muchas ganas. Laura suspiró porque sabía perfectamente a qué me refería.

—Necesitas irte de esa casa cuanto antes.

—Ya empezamos —dije rodando los ojos con una pequeña sonrisa.

—Te lo digo en serio, Capri. No puedes seguir cargando tú sola con todo.

Cogí mi libreta y el bolígrafo antes de cerrar la taquilla.

—He quedado a comer con Daniel luego. Vendrá a recogerme cuando salga.

Laura levantó una ceja al instante.

—¿Y estáis bien otra vez?

—Supongo —dije encogiéndome de hombros—. Últimamente discutimos menos.

—Eso no ha sonado muy convincente.

Salimos juntas hacia la cafetería mientras preparaban las primeras comandas.

—No sé... —suspiré—. Hay días en los que estamos genial y pienso que todo puede funcionar. Y luego vuelve a ponerse celoso por cualquier tontería o discutimos por lo mismo de siempre.

—Capri... te ha engañado más de una vez —dijo mirándome de reojo.

—Lo sé —dije bajando la mirada.

—Y siempre acabas perdonándole.

—También lo sé.

Laura negó suavemente con la cabeza.

—No digo que no te quiera, porque estoy segura de que lo hace a su manera, pero no puedes vivir siempre esperando a que cambie.

Sus palabras me hicieron un pequeño nudo en el estómago, porque, en el fondo, sabía que tenía razón.

—A veces pienso que si me fuera a vivir con él las cosas serían diferentes —admití en voz baja.

—O acabaríais matándoos en menos de un mes —dijo soltando una risa incrédula.

No pude evitar reírme.

—Gracias por tu apoyo emocional.

—Para eso están las amigas.

Me dio un pequeño golpe con el hombro antes de sonreír.

—Aunque bueno... también puede salir bien. Pero solo si deja de comportarse como un imbécil posesivo.

—Laura...

—¿Qué? Estoy siendo sincera.

Negué con la cabeza divertida mientras cogía la bandeja de una mesa.

—Venga, a trabajar, que tenemos una mañana muy larga por delante —dije cogiendo mi libreta y mi boli.

—Te recuerdo que, aunque seas encargada, yo soy tu encargada, pero bueno, te lo permito porque te quiero —dijo mandándome un beso al aire.

Yo hice el gesto de atraparlo antes de separarnos para atender las mesas.

El resto del día pasó bastante rápido. Daniel vino a recogerme para comer juntos y, durante unas horas, todo pareció normal. Incluso tranquilo. Pero las cosas con él nunca permanecían tranquilas demasiado tiempo.

Cuando terminé el turno de noche y llegué a casa, estaba tan cansada que apenas tuve fuerzas para cambiarme antes de dejarme caer sobre la cama.

Al día siguiente me desperté otra vez con la misma pesadilla. Siempre era igual. Había probado de todo: psicólogos, terapia, grupos de apoyo... pero nada conseguía borrar esa imagen de mi cabeza.

Me levanté suspirando y fui directa a la ducha. El agua caliente resbalaba por mi cuerpo destensando poco a poco los músculos de mis piernas, mis brazos y mi espalda. Cerré los ojos unos segundos intentando disfrutar del único momento tranquilo que tendría en todo el día.

Cuando salí, me envolví en una toalla y fui a vestirme. Decidí dejarme el pelo mojado y bajé a la cocina solo para dejarle algo preparado a mi padre. Yo no tenía hambre. Ya cogería un café en el trabajo.

Al llegar a la entrada, me encontré a Dani.

—Buenos días —me dijo dándome un beso.

—Hola. ¿Qué haces aquí tan temprano? —dijo esquivándole.

—¿No puedo venir a ver a mi novia al trabajo? —dijo haciéndose él ofendido.

—Si no te conociera, a lo mejor colaba.

Su sonrisa se tensó apenas un segundo.

—Si tú lo dices, solo quería darte una sorpresa —dijo con tono de enfado, como siempre hace.

—Claro —murmuré mientras me colocaba el delantal—. Siempre apareces “por sorpresa” cuando quieres controlar dónde estoy... o cuando has hecho algo y vienes a compensarlo antes de que me entere.

—Ya estamos otra vez —dijo suspirando exageradamente.

—Porque siempre es lo mismo, Dani.

Hubo unos segundos de silencio incómodo. Él bajó un poco la voz acercándose.

—Te juro que estoy intentando hacerlo mejor.

Y ahí estaba. La frase que siempre decía. La misma mirada. La misma promesa.

—No quiero discutir antes de entrar a trabajar —dijo apartándose para preparar cafés.

—¿Podemos hablar luego? Quiero preguntarte algo —dijo siguiéndome con la mirada.

—Tengo la tarde libre —dijo mirándole de reojo.

Su expresión cambió ligeramente, como si se hubiera relajado.

—Entonces... ¿Comemos juntos?

—Vale. En tu casa, pero ahora tengo que trabajar —asentí después de unos segundos.

En ese momento unos clientes empezaron a llamarme desde una mesa del fondo.

Cogí mi libreta y me dirigí hacia ellos sin mirar atrás, aunque podía sentir la mirada de Daniel clavada en mí incluso desde el otro lado de la cafetería.

La mañana pasó lentísima. De esos días en los que piensas que habría sido mejor no levantarse de la cama.

Miré el móvil por décima vez en menos de cinco minutos y vi un mensaje de Dani.

“Estoy fuera.”

Suspiré, cogí mis cosas y salí de la cafetería.

—¿Qué tal el día? —preguntó arrancando el coche en cuanto cerré la puerta.

Apoyé la cabeza contra la ventanilla.

—Horrible. Necesito que llegue ya junio y coger vacaciones porque siento que no puedo más. Llevo tanto tiempo trabajando sin descansar que ya ni recuerdo cuándo tuve un día libre de verdad —dije soltando una risa cansada—. Todo para ahorrar lo suficiente e irme de esa casa.

Daniel me miró de reojo mientras conducía.

—Unas semanas más y serás libre... aunque solo sea por unos días.

Intentaba animarme, y aunque normalmente no funcionaba, esta vez al menos agradecí el intento.

El resto del trayecto fue tranquilo.

Cuando llegamos a su casa, me dejé caer en una de las sillas de la cocina mientras él terminaba de servir la comida.

Por una vez, todo estaba en calma. No discutimos. No hubo reproches. Ni miradas incómodas. Solo nosotros hablando y riéndonos como antes. Eso era precisamente lo peligroso de Daniel. Cuando estaba bien, conseguía hacerme olvidar todo lo malo durante un rato.

—Bueno... —dije jugando con el tenedor—. ¿Qué era eso tan importante que querías decirme esta mañana?

Daniel dejó los cubiertos a un lado y me miró fijamente. De repente parecía nervioso.

—Sé que te va a sonar raro, sobre todo con cómo estamos últimamente... pero llevo días pensándolo.

Fruncí ligeramente el ceño.

—No es nada malo. Solo... odio verte así todo el tiempo. Tu padre cada vez está peor y tú estás agotada. Y pensé que... a lo mejor podrías venirte a vivir conmigo.

Parpadeé sorprendida. Tanto, que casi me atraganto con el agua.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —respondió sin apartar la mirada—. Quiero arreglar las cosas contigo, Capri. Quiero que pasemos más tiempo juntos... Bien, de verdad.

Cogió mis manos entre las suyas. Durante unos segundos me quedé callada. Porque una parte de mí quería creerle. Quería pensar que esta vez podría ser diferente.

Pero otra parte sabía perfectamente cómo acababan siempre las cosas entre nosotros.

—Dani... no sé si vivir juntos es buena idea —dije al final apartando despacio las manos—. Una cosa es pasar aquí algún fin de semana y otra convivir todos los días. Ya lo había pensado antes, pero nos acabaríamos matando.

Vi cómo su mandíbula se tensaba apenas un instante, aunque enseguida volvió a relajarse.

—Entonces quédate este fin de semana y piénsatelo —dijo más suave—. Pero no quiero que sigas sola en esa casa. Cada vez confío menos en tu padre cuando bebe.

Bajé la mirada unos segundos. La verdad era que tampoco yo confiaba ya en mi padre. Estaba cansada. Muy cansada.

—Vale... este fin de semana sí —cedí finalmente—. Lo demás todavía tengo que pensarlo.

Daniel sonrió satisfecho y volvió a cogerme la mano, acariciándola lentamente con el pulgar.

Y aunque intenté ignorarlo, algo dentro de mí seguía diciéndome que aquello no iba a terminar bien.

Acabamos de comer y fuimos hacia mi casa. El trayecto se me hizo corto; iba mirando por la ventana, intentando mentalizarme para volver a entrar ahí, aunque solo fuera unos minutos.

Nada más abrir la puerta, el olor a alcohol y tabaco me golpeó de lleno. Suspiré cansada.

—Espérame un momento, voy a coger unas cosas —dije dejando las llaves sobre el mueble de la entrada.

Fui directa a mi habitación mientras Dani se quedaba mirando el desastre del salón: botellas vacías por el suelo, platos sin recoger y ropa tirada por todas partes.

—¿Está tu padre por aquí? —preguntó desde el comedor.

Abrí el armario y saqué una mochila.

—No. Bueno... o eso espero. Ya estaba todo así cuando me fui esta mañana. Y sinceramente, ya paso de recoger toda la basura que deja para que luego se vaya al bar a beber otra vez —dije empezando a guardar ropa.

Metí un par de camisetas, unos vaqueros y el neceser casi sin pensar. Necesitaba salir de ahí cuanto antes.

—Ya estoy lista. Podemos irnos —dije saliendo de la habitación con la mochila colgada del hombro.

Iba a abrir la puerta cuando esta se abrió de golpe desde fuera.

Mi padre apareció tambaleándose, sujetándose al marco para no caerse.

Llevaba la camisa mal abrochada, los ojos rojos y el olor a alcohol era tan fuerte que daban ganas de apartarse.

—Madre mía... —murmuré cerrando los ojos un segundo.

Él levantó la vista lentamente hasta encontrarme.

—Pero bueno... si es mi querida hija —dijo arrastrando las palabras antes de mirar a Daniel—. Y tú... me sueñas... pero no sé quién eres. Bueno, tampoco importa.

Se dejó caer en el sillón como un saco.

—¿Me podrías traer una cerveza fresquita de la nevera? —preguntó señalando la cocina sin siquiera mirarme.

Noté cómo se me tensaba todo el cuerpo.

—No. Acabas de llegar de saber dónde después de estar desaparecido toda la noche. Lo que deberías hacer es irte a dormir la mona —dijo seca—. Me voy a pasar el fin de semana a casa de Daniel.

Mi padre soltó una risa amarga.

—¿Cómo que te vas? —preguntó incorporándose un poco—. ¿Y quién va a limpiar todo esto?

Cuando pasé por su lado, me agarró de la muñeca. Fuerte. Demasiado fuerte.

—Suéltala —dijo Dani inmediatamente dando un paso al frente.

Pero yo me solté antes, apartando la mano de mi padre con brusquedad.

—¿Perdón? Limpia tú tu propia mierda por una vez —dijo señalando el salón—. No soy tu criada. Haz algo útil en tu vida aparte de beber hasta quedar inconsciente.

Su mirada cambió durante un segundo, volviéndose más oscura.

—Después de todo lo que hago por ti, así me lo pagas...

Solté una risa incrédula.

—¿Qué haces por mí exactamente? Porque las facturas las pago yo. La compra la hago yo. Y la casa la mantengo yo mientras tú te destruyes cada día un poco más.

El silencio se volvió pesado. Mi padre apartó la mirada el primero. Eso, por alguna razón, me dolió más de lo que esperaba.

Le hice una señal a Dani con la cabeza.

—Vámonos.

Mientras cerrábamos la puerta detrás de nosotros, escuché a mi padre empezar a maldecir y tirar algo contra la pared.

Pero esta vez no me giré. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que salir de esa casa no me daba culpa.

